

Rosa de la Iglesia

La receta del *arroz con todo* comienza por orden alfabético y se extiende varios tomos. Primero son los animales, a saber: abeja, abejorro, águila, ajolote, albatros, alce, almejas, anguila, antílope, etc. Tras unas seiscientas páginas, vienen por fin las plantas: abá, ababol, abacate, aballico, abatiyú, abedul. Al final del todo viene la receta: sofreír los animales terrestres y voladores a fuego lento salvo excepciones, y cuando estén dorados, echar en la misma cazuela las plantas bien cortadas. Corregir con sal y dejar que se cocine. Posteriormente, se echa el arroz (una taza por comensal, y dos de agua por taza de arroz), echas sal de nuevo, y cuando falta poco, los animales acuáticos también salvo excepciones. Dejar reposar cinco minutos con un paño sobre la olla y servir.

Esta receta la guarda Rosa de la Iglesia, natural de Baeza, en una habitación que hay en su casa, a las afueras de Alcalá de Henares. Comenzó a hacerla al cumplir los veinte años, recién casada, aunque por entonces su arroz prácticamente sólo llevaba pollo, pimienta y mucho tomate. La idea se le ocurrió un martes después de limpiar el baño. Rosa quiso sentarse un minuto a

descansar, y por hacer algo comenzó a hojear una enciclopedia que había comprado su marido y que habían puesto en el salón. Rosa leyó: “Cóndor Andino: una de las aves más grandes del planeta, habita en las montañas de los Andes”. Cuando su marido llegó a casa le propuso la idea. Su marido dijo que tendrían que ahorrar unos meses, pero que le parecía bien. A Rosa su marido le gustaba porque siempre hacía aquello que prometía y seis meses después estaban en Lima. Contrataron un guía que les advirtió que capturar un cóndor era una quimera, que sería difícil incluso vislumbrar uno, pero a las dos o tres horas de excursión, sobre el capó del coche del guía se posaron como fantasmas dos cóndores gigantes, grandiosos. El guía y su marido se aterrorizaron. Rosa salió encantada del coche. Los cóndores cerraron las alas y se agacharon para que pudiera acariciarlos. De ese primer viaje Rosa y su marido no trajeron sólo dos cóndores. Aprovechando que estaban en Perú, contrataron sitio en un carguero y trajeron también viringos, llamas y pingüinos. No habían necesitado perseguirlos, bien al contrario; los animales habían ido hasta ellos como con un imán. Trajeron también ramas y semillas de yuca, arracacha, frijoles, olluco. ¿Dónde pondremos todo esto?, preguntaba su marido, y ella respondía que en el jardín. Así fue. El cargamento llegó y Rosa preparó a cada animal su espacio y a cada planta su parcela. Las plantas florecieron rápidamente, y los animales parecían felices. Los cóndores sobrevolaban su casa y la de los vecinos, y varias veces al día Rosa bajaba y remojaba a los pingüinos con una manguera. Rosa y su marido no tardaron en incorporar especies más accesibles, como pinos, olmos, arbustos, conejos, palomas y lince. No era necesario ir a buscarlos: los animales aparecían al ir a comprar el pan, o se asomaban a la ventana mientras hacía la colada. En sí, sólo debían buscar las plantas, aunque de eso se encargaba sobre todo su marido.

Ese primer año Rosa no hizo el arroz porque su marido y ella habían pensado que, mejor que utilizar esos animales, usarían a sus crías o algunas de ellas, para así poder hacer el arroz más veces. Aprovecharon para hacer viajes a Francia y Portugal a por más animales y plantas. Rosa se quedó embarazada también. Tuvo un hijo llamado Pablo, que se reveló pronto como alérgico al pelo de algunos animales. Rosa tuvo que desplazar a algunas especies de sus rincones (lince, gatos, perros, hurones) para que su hijo pudiera estar en el jardín tranquilo, jugando con el resto de criaturas. Los animales con pelo no

podían acercarse, y lo observaban todo desde su esquina con ojos tristes. Un año después muchos animales habían criado ya, y Rosa y su marido juzgaron que ya era posible hacer el arroz. Un viernes por la noche, Rosa y su marido comenzaron la recogida: uno de los hijos de los cóndores, dos pingüinos, una pequeña llama, tres hurones, etc. Cogieron también ramas de cada uno de sus árboles, y metieron todo en el garaje. El cóndor revoloteaba, los pingüinos caminaban de un lado a otro. Su marido cerró la puerta para que los otros animales no lo vieran, y dijo a Rosa que si ella no quería lo podía hacer él. Rosa dijo que no y entre los dos los mataron y trocearon. Esa noche hubo un gran silencio entre los animales del jardín, sólo se escuchaba el viento. Al día siguiente recibieron una carta de los vecinos diciendo que a ver si era siempre así.

El arroz fue un espectáculo. Cada animal daba su toque, y cada planta su sabor. Rosita, dijo su marido, qué arroz. ¿Te gusta, Pablito?, le preguntó luego a su hijo. Sin siquiera sacarse la cuchara de la boca, Pablo cerró los ojos y asintió. Rosa estaba encantada. Al final había salido mucho arroz, y preparó varias raciones para vecinos y para que su marido se lo pudiera llevar al trabajo; y aunque se fue apelmazando, siguió estando bueno durante días. A raíz de ese primer arroz los animales se habían quedado mudos, como ensimismados, pero Rosa se esmeró en devolverles la alegría. Durante días les dio comida especial, y muchos abrazos y cariños. Costó unos días, pero los animales fueron volviendo lentamente a su ser. Sólo las plantas parecían no haberse dado cuenta de nada, creciendo siempre. El arroz fue un triunfo. Habían recibido felicitaciones de los vecinos, e incluso el jefe de su marido le había prometido un ascenso después de probarlo. Animados por el éxito, Rosa y su marido decidieron dos cosas. Por un lado, hicieron varios viajes a algunos países africanos y a las Canarias, de los cuales se trajeron todas las especies que pudieron. Por otro, tuvieron otro hijo que se llamó Alejandro. La vida se fue desplegando. Cada vez había más animales y plantas en el jardín, y Alejandro había nacido sin alergia al pelo, por lo que por fin los animales peludos podían jugar con alguien. Pablo ya estaba en el colegio, su marido trabajaba, Rosa cuidaba sus criaturas. Pronto llegó la hora de hacer su segundo arroz. Tardaron más tiempo en escoger y matar a los animales, y estuvo cocinándose más de tres días; pero el arroz fue incluso mejor que el anterior. Las nuevas criaturas daban matices también nuevos, que

aparecían de pronto mientras lo comías; un poco de pimienta, una brizna de nogal, un poco de camello. Niña, dijo su marido, está casi mejor. Los vecinos escribieron un agradecimiento formal y su marido ascendió. Alejandro repitió cuatro veces y Rosa le hizo una foto muy graciosa, con la boca llena y el babero cubierto de arroz y restos.

Gracias al ascenso de su marido y a su buen hacer en su nuevo puesto, la familia fue teniendo cada vez más dinero, y Rosa y él decidieron dar un nuevo paso. Primero construyeron dos piscinas (una de agua salada y otra de agua dulce más pequeña) para poder albergar animales acuáticos, y expandieron un poco los límites del jardín para que los animales no estuvieran tan apretados. Hicieron también varios viajes a la India y China, de donde trajeron nuevas especies, incluido una pareja de pandas. Resulta muy complicado que los pandas críen en cautividad, pero a las dos semanas de llegar, mientras Rosa los lavaba, frotando y frotando se dio cuenta de que la osa estaba embarazada. Esto alegró mucho a Rosa y su familia, y unos meses después, todos juntos, ayudaron a la osa a parir dos pequeños pandas, patosos y suaves. Pablo y Alejandro quisieron ponerles nombre, pero no les dejaron hacerlo. Los años fueron pasando. Ahora que tenían piscina, Rosa y su marido hicieron viajes en barcos y en expediciones científicas, y pronto las piscinas estuvieron llenas de jureles, merluzas, marsopas y focas, y también truchas y ranas. Fue esa la primera vez también que Rosa se negó a incorporar un animal a su arroz: habían tenido la oportunidad de traer delfines, pero a Rosa le habían parecido demasiado listos y humanos. ¿Y monos?, le preguntó su marido, ¿traemos? Rosa dijo que monos tampoco. Pablo dijo ¿y pulpos?, son muy listos también. Rosa dijo que pulpos sí.

Para entonces, el arroz ya lo hacía con más de cien especies de animales, y casi mil plantas distintas. Lo hacía una vez al año, o cada año y medio. Venían familiares, amigos de sus hijos. Siempre se decía que cada año el arroz le salía mejor, pero Rosa pensaba que no era exactamente eso: cada vez le salía *distinto*. Rosa se divertía jugando con las proporciones, a ver cómo quedaba con un poco más de eneldo, o con un poco menos de yak. En una de esas comidas, un primo de su marido elevó la voz y preguntó ¿y cómo se llama la receta? Su marido dijo arroz a la Rosa, pero Alejandro gritó ¡arroz con todo! Todos se rieron y así se quedó.

Al principio de la vida los años pasan de uno en uno, y luego de dos en dos, y luego pasan de cinco en cinco y luego de diez en diez, decía Rosa. Empezaban ya a pasar de diez en diez. Rosa y su marido tenían el mejor jardín que habían visto los cielos. Tenían también dinero, y si leían en el periódico que se había encontrado una nueva especie de rana minúscula, allá que se iban a por dos ejemplares de rana. Rosa comenzaba a estar un poco cansada, pero adoraba limpiar los animales y cuidarlos, y hacer viajes y explorar con su arroz. Soñaba secretamente con el día que tuviera nietos, y su hijo Pablo ya estaba en la universidad y tenía novia formal. La novia era una chica encantadora y moderna, y aunque vegetariana, cada año hacía un esfuerzo y comía igual que todo el mundo. También ayudaba a recoger la mesa y a subirse a los árboles para cuidar de los lémures. Rosa tenía una edad. Los viernes o los sábados salía con su marido al porche, y se servía un poco de vino y se quedaba observando sus animales y sus plantas, siempre creciendo. Los caballos pacían, los elefantes bebían, los tiburones surcaban, las salamandras trepaban. Alejandro aún vivía con ellos, pero salía de fiesta la mayoría de los fines de semana. Rosita, dijo un día su marido, ¿sabes qué deberías hacer? Qué, dijo ella. Escribir la receta, dijo su marido. ¿Por qué?, dijo Rosa, si yo la sé. Su marido no dijo nada.

Más años pasaron. ¿A dónde pasaron? Quizás Dios tenía los años en su propio jardín y por ahí revoloteaban y remoloneaban, pensaba Rosa. Pablo tuvo una hija que se llamó Irene. Esto a Rosa y a su marido les dio una alegría tremenda, y se la llevaban a jugar con los corderitos y las aves, o a montarla sobre los dragones de Komodo. Rosa siguió haciendo su arroz, pero cada vez le costaba más trabajo cuidar de todos los animales. Por suerte su marido se había jubilado y podía ayudarla más. A Rosa siempre le había gustado repensar las maravillas y lugares que había visto, y le gustaba pensar también que tenía un pedazo de esa vida en su jardín, que había conseguido cuidarlo y hacerlo crecer. Sin embargo, desde hacía un tiempo pensaba también en quién se haría cargo cuando ella faltase, si el jardín seguiría creciendo y creciendo o si en cambio se marchitaría. ¿Serían sus hijos, sería Irene? ¿Quiénes harían el arroz, y para quién lo harían? Una mañana Rosa de la Iglesia se despertó en el hospital. Los médicos daban vueltas, su marido la observaba preocupado. Rosa preguntó qué ocurría pero nadie respondió. Sin entender nada pero pensando que ahí no tenía nada que hacer, Rosa se volvió a dormir.

Volvió a despertarse unos días más tarde. Lo hizo en una neblina como la que hay arriba en los Andes. Su marido dormía a su lado, como arrugado, viejo y guapo. ¿Manuel?, dijo ella. Su marido abrió los ojos. Rosita, dijo, y se abalanzó sobre ella. ¿Qué pasó?, dijo Rosa. Manuel tardó en explicárselo. Sólo le daba besos, y ella esperó pacientemente. Al parecer Rosa se había desmayado de repente, en el jardín. La había encontrado Manuel, siendo lamida una y otra vez por los caballos, las vacas, los jaguares. La ambulancia llegó rápido y la operaron de urgencia. Rosa había tenido un derrame, pero esto a Rosa no le impresionó mucho. ¿Quién está cuidando de los animales?, preguntó. Su marido dijo entre Pablo, Alejandro y yo. Rosa asintió y dijo que muy bien. Luego sonrió y dijo, con un hilo de voz, creo voy a escribir la receta.

Rosa salió del hospital unas semanas después. Los animales la recibieron con amor, y tardaron horas en despegarse de ella. Ella los acarició y acarició. Unos días más tarde trató de ponerse a escribir la receta, pero descubrió que le era imposible. No le iba la mano, o no le iba la cabeza, pero el caso es que no podía. No te preocupes, dijo su marido cuando se lo contó, tú lo dictas y yo lo escribo. Qué ilusión, dijo ella. Esa misma tarde, se hicieron un café y se sentaron en el salón. ¿Por dónde empezamos?, dijo Manuel. Por los cóndores, dijo Rosa. Vale, dime, dijo Manuel. Los cóndores hay que lavarlos una vez cada dos semanas, más o menos, dijo Rosa, y deben tener espacio para volar. Son grandes y feos pero luego son agradecidos. Rosa, dijo Manuel. Comen carne, siguió Rosa, y les gusta sobre todo la de vaca, hay que ponérsela cruda, en una escudilla a cada cóndor porque si no se pelean. Por cierto que les divierten mucho las cosas de goma, como una manguera. Rosa, dijo Manuel. ¿Qué pasa?, dijo Rosa. Esto no es la receta, Rosita, dijo su marido. Rosa le miró sonriendo. ¿Cómo que no es la receta?, dijo.

Su marido y sus hijos trataron muchas veces de que se centrara, que diera la receta del arroz de una vez, pero Rosa no lo hizo. Siguió empeñada en contar cómo cuidar al cóndor, al panda, al olmo y a la abeja. Cómo dar de comer al tiburón y cómo acariciar a la foca. Finalmente, Manuel se dio por vencido, y se limitó a escribir lo que ella contaba. Escribió cuadernos y cuadernos, durante meses y meses. A medida que los terminaba los iba guardando, y sus hijos los pasaban a limpio. También cuidaban a los animales y a las plantas, ahora que

sus padres no podían. Una tarde, tras hablar un rato del zorro, Rosa dijo: entonces se pone la olla con aceite para que se vaya calentando.

Manuel la miró asombrado. Estaban en el porche, era una tarde de verano. Los animales, muy perezosos, dormitaban al sol o a la sombra. Rosa dijo se pelan tres ajos. Manuel fue a apuntarlo pero no pudo, y cerró el cuaderno emocionado. Rosa lo vio y esperó paciente.

Un cóndor aleteó y despertó a un gato.